

El ser ingrávido.

Carla Serrano Sastre



Capítulo 1

¿Qué es la levedad del ser ingrávido que levita en la nada de la existencia? ¿Qué son los páramos del desconcierto en medio de la razón del que se hace llamar humano por una naturaleza propia o atribuída?

Caminamos tras los rostros de los que un día conocimos o creamos, o creímos crear y conocer. Confiamos en los que nos hacen libres tras un aspecto impropio de la razón, de no ser, de no creer, de no vivir, de no respirar ni conocer. Lamentamos, sobre todo lamentamos.

Lamentamos de lo que hacemos, de lo que no hacemos, de lo que nos hace libres o prisioneros de este mundo insólito al que llamamos nuestro, nuestra vida. Enfrascada, embotellada y envuelta lista para enviar y para hacer llegar a la persona que sea capaz de sentir lo que sientes, de respirar el aire tóxico del humo que abarrota cada esquina de lo que hemos hecho nuestro, del mundo al que no pertenecemos ni perteneceremos nunca.

Camino, sobre la pintura que un día me hizo ser, sin ser ni sentir ni padecer. Camino, arrastrando los pies, cada vez más absorta en lo que hay en mis entrañas. Absorta. No sé si dueña o prisionera de lo que mueve al cielo, al suelo, a los árboles que me rodean.

Las figuras sin rostro que un día dijeron ser alguien que al final terminaron por no ser nada bailan a un compás desenfrenado de una melodía chirriante, fabricada con el sonido de miles de uñas rascando sobre una superficie cada vez más pulida de desencanto y frenesí absurdo.

Absurdo, es un concepto cargado de volubilidad, cargado de elementos que se ahogan en la propia tristeza del que un día nunca llegó a ser nada.

Las nubes de ese cielo cargado de nada, cargado de un mundo que no existe, hacen pensar en la valentía que se necesita para respirar, en la valentía que se demuestra al vencer a la muerte recordando que lo que muere es porque alguna vez, nació.

Letras como alma

Como palabras a las palabras

Como olas a la arena, como auspicio

Como que se olvidó

Olvidado

En este equinoccio

Y el aire, el aire... Fabricado de suspiros. De suspiros que en ningún momento pretendieron decir o hacer sentir algo, van dando forma a los huecos inexistentes del yo. El yo, ese absurdo personaje que ríe, o llora, o siente, o padece. Esa creación de la mente más compleja, influenciada por las situaciones que este mundo nos ofrece, nos obliga, nos da.

Eses rostros que no miran, que más bien nunca han mirado, ahora se mueven en direcciones opuestas, dejando este páramo, muy libre y abierto, muy puro y limpio para recorrer, haciéndote pensar que puedes recorrerlo. Pero no puedes, porque estás aquí. Tu alma está atrapada en la pintura del suelo, del cielo y de los árboles. Atrapada en los rostros inexistentes, en el aire formado de suspiros, en las lamentaciones que nunca llegaron, o en la velocidad que nunca alcanzaste. Está atrapada en las miradas, en el vértigo, en la nada.

Llegas al precipicio y lo cruzas, en la cuerda floja, y muy despacio, procurando no mirar lo que hay más abajo de los pies que caminan. Procurando no tener la necesidad de tirarte y caer suave y leve hasta el suelo. Y al cruzarlo, te lamentas, por haberlo cruzado, y haberlo conseguido. Te lamentas de la valentía de haber respirado mientras caminabas, y cuando quieres darte cuenta el vacío ha desaparecido y sólo queda el suelo que pisas, y la pintura del cielo que se muere por desaparecer de esta inconclusa realidad. Realidad, o fantasía. Sin distinguirlas, caminas.

Entonces, los protagonistas, las vidas, los sueños de nadie y de todos se plantan. Como lo que nunca ha existido, como lo que nunca se ha dado a conocer. Y los sin rostro que bailaban se paran. Se detienen en una pausa que es por siempre, esa melodía chirriante marca el fin en una enorme colisión de pintura que salpica todo el páramo desierto, toda la nada cotidiana. Lo salpica todo.

Cuando llegas al punto innecesario de haber vivido suficiente como para que la nada siga ahí, te das cuenta de que sigues mirando, sentada en la esquina de lo que algún día lo fue todo.

Pero sigues observando la pintura que lo salpicó todo, que dejó un rastro tras de sí de terrible desesperación, que tiñó los árboles, el suelo, el cielo e incluso el vacío al que nunca te podrás precipitar. Y lo tiñe de un color que no conoces y que nunca has conocido. No es azul de prusia, ni ultramar. Tampoco cobalto, ni rojo, ni blanco, ni negro, ni negro ceniza, ni negro tinta, ni negro puro ni siquiera es ese amarillo que aquella vez habías visto en un vano reflejo de felicidad atribuída por algo que no eras tú. Simplemente es un color que nunca has visto. Es color absurdo,

porque simplemente no lo conoces.

Y cuando observas que todo está lleno de ese color, del que parece que no puedes escapar empiezas a conocerlo un poco mejor. Primero le llamas el color del silencio, luego, el color de la muerte, luego simplemente le llamas vida.

Porque la vida lo salpica todo.

Y de forma muy sencilla y marcada, sigues caminando. Rodeando tu alma de los sin rostro, de las melodías que no existen, de los sonidos que nunca escuchas y de la gente que ni creas ni conoces.

Gente, personas. Humanidad al fin y al cabo que confundes con personajes, con mundos, con realidades propias, quizás a veces, demasiado propias.

En cuanto el mundo crea un paralelismo propio, en cuanto la pintura parpadea o se manifiesta, la sed de la nada corre por los pulmones del cuerpo que ya no sabes a quien pertenece. ¿Quién es el yo, quién es el personaje o el paisaje? No te molestes en preguntarte donde ha quedado todo aquello, toda aquella pintura, todo el sonido, el ruido, el silencio, el todo, la nada, el paisaje, el yo. Todo ha quedado en la mirada de lo que un día miraste y sentiste. Todo lo que viviste y de lo que nunca has podido llegar a arrepentirte, quizás por valentía, o quizás por cobardía.

Suena una melodía de cello de fondo mientras te paras a recordar todas las vivencias del pasado, del camino, del páramo.

Todo lo que piensas, lo que escribes, lo que sientes, se marca a fuego en tus manos, que se han vuelto poliformes después de tantos kilómetros, después de las cuerdas flojas, las caídas, el lodo, la mierda, la vida, los colores, los pasos de la gente que camina. Después de crear y ser creada, después de mirar y ser observada. Y con la misma intensidad con la que caminaste por los paisajes de los colores que nunca conociste, con la misma intensidad con la que entraste entre las expresiones de los sin rostro, con esa misma intensidad que todavía se conserva en tus manos, sigues creando los que alguna vez te persiguieron, los que alguna vez te acusaron de no hacerles respirar con propia identidad.

Acaricias el suelo, y la espesura del cuadro que cuelga en la pared de algún lado, se convierte en ventana hacia ningún lado. La ventana hacia la nada y el todo. Ese punto de inflexión en el que los puntos de caminos y vidas se cruzan para dar lugar a símbolos.

¿Qué es la levedad del ser ingrávigo que levita en la nada de la existencia? ¿Qué son los páramos del desconcierto en medio de la razón del que se hace llamar humano por una naturaleza propia o atribuída? Es la vida, es la nada, es el yo.

Las miradas de los que fueron

Son

No son nada.

Las miradas de los que caminan

No llegan, no van, ni vienen a ningún lado

Se quedan en la pintura

Son

Se quedan en el páramo.